





SERGI NO

MUDANZAS

CRUZADAS

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE DAVID DÍAZ EN LOS ÁNGELES

Platero
COOLBOOKS 

Título: Mudanzas cruzadas. Aventuras y desventuras de David Díaz en Los Ángeles.

Primera edición: febrero, 2025.

© 2025, del texto Sergi No Díaz.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-97-9

*Dedicado a todas esas Casas Díaz que,
aun siendo solo amigos, han formado, forman o formarán
un hogar; y, en especial, a mi Casa Díaz de Los Ángeles:
Allison, Annie-Claire, Anouch, Aurélie, Caro B., Carolina,
Claudio, Marion, Moreen, Morgan, Mónica...*



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PARTE 1 EMBALAR	11
Capítulo 1 Año Plutón.....	13
Capítulo 2 Día del (primer) móvil	19
Capítulo 3 Sobre el papel.....	23
Capítulo 4 A vuelta de ojos	31
Capítulo 5 La temida e(migra)ción.....	39
PARTE 2 DESEMBALAR	51
Capítulo 6 Hollywood City Inn.....	53
Capítulo 7 GRIFFITH PARK.....	73
Capítulo 8 LILA, el Lycée International de Los Ángeles	81
Capítulo 9 El Abbey	101
Capítulo 10 (Tensión) en las aulas	121
Capítulo 11 Hollywood (High School)	139
Capítulo 12 La Casa Díaz	147
Capítulo 13 La mansión de Beverly Hills.....	155
Capítulo 14 (Enigma) en el aula.....	165
Capítulo 15 Casitas de jengibre	175
Capítulo 16 El hotel Beverly Hilton	185
Capítulo 17 El Kodak Theater	197
Capítulo 18 Santa Mónica	209
Capítulo 19 La Casa Díaz en peligro	221

PARTE 3 COLOCAR Y ORDENAR.....	233
Capítulo 20 Downtown	235
Capítulo 21 El Insti (pijo).....	253
Capítulo 22 Dignity Health Sports Park.....	267
Capítulo 23 El comedor	273
Capítulo 24 El Observatorio GRIFFITH	281
Capítulo 25 Mudanzas cruzadas	287
GLOSARIOS.....	297
AGRADECIMIENTOS.....	303

PRÓLOGO

Esta novela tiene un abanico de personajes bastante amplio y se sitúa en un contexto muy particular: en una escuela francesa internacional en los Estados Unidos del 2006, el Lycée International de Los Ángeles (llamada LILA). Para facilitar la lectura, al final del libro se encuentran dos glosarios:

Un mapa de personajes. Es una explicación breve, ordenados por el lugar en donde estos se sitúan más en la novela (Francia, Llansá o Los Ángeles) y clasificados alfabéticamente por el nombre.

Un vocabulario de las clases del sistema francés. Como David Díaz, el personaje principal va a trabajar en el Lycée International de Los Ángeles, siempre hablará de sus clases como si estuviera en Francia. He hecho una equivalencia al sistema educativo español y estadounidense para que la lectura os sea más fácil.

Evidentemente estos glosarios están para aquellas personas que se pierdan con algún personaje y deseen saber quiénes son en cualquier momento y también, si lo desconocéis, para ampliar un poco más el conocimiento del sistema educativo francés. Son herramientas optativas y nunca de lectura obligatoria.

También me gustaría que os fijarais en las **citas que aparecen al principio de cada capítulo de la segunda parte** de la novela («Parte 2: desembalar»). Es un juego narrativo que me he permitido insertar y que creo que puede ser muy interesante para la historia.

Y ahora... ¡A disfrutar de las aventuras y desventuras de David Díaz en Los Ángeles!

PARTE I

EMBALAR



CAPÍTULO I

AÑO PLUTÓN

—Vas a entrar en año Plutón —me profetizó Esmeralda, mi vidente de Llansá, con sus ojos verdes sumidos en el tarot de Marsella.

Yo la miré de la misma manera que uno puede observar un epitafio etrusco o una inscripción en náhuatl. A veces, Esmeralda expresaba ideas que solo ella entendía. La clarividente, al ver mi desconcierto, completó su idea:

—Año Plutón significa año de... ¿Cómo te diría yo? ¡Como el rayo que cae!

«¿Un rayo que cae puede ser algo positivo?», pensé, intentando camuflar mi pregunta a la tarotista, quien proseguía su monólogo, descifrando a grandes líneas mi pasado y futuro, perdiendo mi atención por el camino. No quería, de hecho, saber mis ayeres, acontecimientos que ya conocía, ni tampoco mis mañanas, acontecimientos venideros. Solo quería que me dijese que mi vida iba a tener sentido, que iba a perder ese vacío que me inundaba, que abandonaría, finalmente, la noche oscura del alma que estaba pasando.

—Además, veo ángeles por todas partes. Mira, la Templanza, el Juicio, los Enamorados, el Mundo... ángeles, ángeles y más ángeles.

—¡Qué bien! —exclamé irónicamente—. La voy a diñar pronto.

Estábamos a finales de mayo de 2006, disponía de unos

días libres antes del final de curso y decidí acercarme a Llansá sin Madeleine, que estaba con unas jaquecas terribles. Regresar a casa siempre me producía una sensación contradictoria: volver a conectar con mi escasa familia, mis amigos de infancia que había perdido por la llegada a la adultez, pero también encajar de nuevo con ese marco am-purdanés en el que mis excompañeros de la escuela seguían viéndome como el Gambas, ese niño patoso que no paraba de equivocarse.

En unas semanas, el 17 de junio, iba a cumplir los treinta. Sentía, cada vez más, que mi vida se descarrilaba hacia simas abisales: respecto a mi familia, solo tenía relación con mi madre, una de mis tías y a algunos de mis primos; mi trabajo vocacional se había convertido en infierno al estar trabajando en un colegio de Lomme, en el norte de Francia, cuyos alumnos pasaban de la educación obligatoria al correccional de menores, como una salida natural a su escolarización, al mismo grado que instituto general, instituto técnico o instituto profesional. Y a lo máximo que uno podía aspirar era a que no te lanzaran objetos por el camino, huevos en la pizarra o palabras agresivas. La enseñanza era, en definitiva, un barbarismo en ese centro.

Por otro lado, vivía desde hacía unos ocho años con mi novia francesa en Le Nouveau Monde, en el Norte-Paso de Calais, un pueblo con sema interesante, pero con un cielo plúmbeo que acababa por afectar la moral. Mi relación con Madeleine pasaba precisamente por una fase grisácea, como el clima de allí, sin poder acceder a la etapa siguiente, el matrimonio, y cuya coronación era la descendencia, la etapa que nos estaba prohibida.

Días más tarde de la visita a Esmeralda, después de haber comprado un Brie de Meaux, el queso preferido de Madeleine, y de poner y tender nuestra colada, fui a casa de

Pierre-Yves, profesor de deporte que había conocido en una fiesta universitaria años atrás y que se había convertido en mi mejor amigo con el transcurrir del tiempo. Pierre-Yves era fiel en amistad y sus ideas se asemejaban, a grandes rasgos, a las mías; tenía, sin embargo, una concepción del mundo un poco más inmadura, debido, seguramente, a los escasos años que nos separaban y a un *carpe diem* que me era extraño.

Hacer una *barbecue* en el jardín de nuestro edificio fue la mejor manera que se me ocurrió para celebrar mi cumpleaños. Invitaría a todos nuestros amigos del norte de Francia. Al mal tiempo (cambio de década), buena cara (gran fiesta). Como mi mejor amigo tenía una parrilla, pensé que, quizás, me la podría prestar.

Justo en la entrada de su residencia me encontré a su compañero de piso, quien regresaba del trabajo porque se encontraba mal. «¡Hola, David!», me dijo, y me pidió que entrara. «¿Pierre-Yves?, ¿Pierre-Yves?», lancé al aire.

De su habitación salió poco después un hombre despeinado, casi desnudo, que me exhibía a mí y a Christophe su cuerpo decatlón, el deporte que practicaba. Nos lanzó una mirada de sorpresa al vernos allí, plantados en el pasillo a esa hora inesperada. Yo interpreté con rapidez la tesisura: él estaba en su cuarto, *ocupado*. Siempre había sido un hombre muy mujeriego, y un tanto colibrí, que huía de los compromisos, pero no de las aventuras. Le lancé un gesto de complicidad y me fui con la parrilla a otra parte.

Cuando me disponía a salir del lugar, noté bajo mis pies una prenda que no era ni más ni menos que el sostén negro de su conquista. Esboqué una sonrisa: me hacía gracia la situación del momento y también la facilidad con la que mi mejor amigo acumulaba las mujeres. Como meros trofeos. Admiraba esa despreocupación del francés de la que yo carecía: era una persona muy clásica en todos los ámbitos, estable en la pareja, que me solía preocupar por todo.

Quizás llevado por hacer una broma a Pierre-Yves, un extraño impulso me llevó a coger el sujetador y, cuando finalmente lo sostuve entre mis manos, el mundo se me cayó encima: esa prenda interior se la había regalado a Madeleine hacía unos meses. Marca Victoria Secret y pequeña mancha de desteñido en las copas. Era de *mi* Madeleine. Estaba seguro.

Sentí cómo me ganaba la cólera, la rabia, los celos y la frustración acumulada del *non-dit*. No pasó ni un tictac de reloj: fui a la cocina y agarré el cubo de fregar, lleno de lejía de ceniza y de suciedad estancada como certificaba su olor (Pierre-Yves y su compañero de piso no se destacaban precisamente por su limpieza).

Mi amigo y mi novia seguían sus quehaceres sexuales en el lecho cuando un psicópata (yo) entró con un portazo en la habitación. Ambos se quedaron atónitos al verme allí, erigido en obelisco. La escena en sí misma era de lo más grotesca: Madeleine se quedó petrificada. La pillé con las manos en la masa y... dentro del calzoncillo de Pierre-Yves.

—¿A que os estáis muriendo de calor? —les dije con voz acaramelada. Después proseguí con una de ultratumba—: Pues yo de inmediato os saco el calentón que lleváis encima.

Cogí el cubo, lleno de agua sucia y de lejía ecológica, y lo vacié en los cuerpos de los amantes. Ninguno de ellos se inmutó. Apestarían a desinfectante podrido durante semanas, una fetidez que me prometí que no vería nunca jamás.

La furia, que cegaba mis pasos, me llevó al piso donde vivía con Madeleine, cuya propietaria no era otra que mi novia. Abrí las ventanas del comedor y empecé a lanzar muebles, como suelen hacerlo para fin de año ciertos lugares de Italia, pero a diferencia de estos yo gritaba como un poseo un rosario de imprecaciones en lengua castellana. Los vecinos y transeúntes miraban el espectáculo, atónitos y curiosos, como si fuera un film hollywoodiense; otros incluso reflejaban un ápice de diversión en sus rostros al ver la

destrucción del mobiliario, esencialmente Ikea, y, en menor grado, Conforama (el de Ikea crujía más).

Y toda esa escena creció en comicidad: expulsé del piso la cómoda de nuestro cuarto, olvidando por completo que en su interior estaba guardada una cuantía de unos quinientos euros, dinero que ambos acumulábamos en caso de urgencia extrema. Cuando lancé el mueble desde el comedor, el primer cajón se abrió y expulsó las braguitas rojas de Madeleine que cayeron en la cara de la anciana del pueblo más recalcitrante a la modernidad. Esta, observando que esos trozos esmirriados de tela eran tangas, empezó a mirar a derecha e izquierda, nerviosa, y a santiguarse, como si el contacto de las prendas íntimas fuera pecado capital; un segundo más tarde se abrió el siguiente cajón y empezaron a salir billetes de veinte, diez y cinco euros. Entonces, los presentes, con un vocerío inusitado, se pusieron como locos a perseguir el dinero volador.

Era tal la confusión y la ceguera por el numerario que un primer vecino recogió un par de billetes, pero otro, un segundo, no lo vio y, tropezando con el primero, se cayó al suelo; un tercer vecino, atareado en observar el efectivo en la bóveda celeste, topó con la pierna derecha del segundo y al caer acabó, sin querer, besando al primero (sus ojos se desencajaron de contrariedad: ninguno era gay). Un cuarto vecino, que tenía una bebida entre sus dedos, se dio de bruces al suelo gracias al brazo del tercero y la leche de Carrefour dio en la cara de la anciana de las braguitas (se le puso aspecto de Frankenstein con el rostro blanquecino lleno de copos de cereales y unos tangas rojos por pelos). La bebida desequilibró a la mujer mayor y la hizo tumbar encima del grupo de residentes. El quinto vecino y el sexto también se sumaron al amontonamiento, una horda de manos y piernas en la superficie. La del séptimo, la loca de psiquiátrico del edificio, estaba furiosa por todo el ruido ambiente y lanzó un cubo de agua a los presentes desde su balcón. Y

los mojó. Parecía una bacanal pueblerina. La bacanal más húmeda de la historia.

Ese pensamiento me devolvió la risa, pero no me expulsó la rabia. Cogí un par de maletas, puse lo esencial en ellas, ropa, quehaceres del trabajo, mi ordenador. Pocas cosas más. Así un papel y escribí en mayúsculas: «meretriz».

Salí del piso, al que nunca más volvería, arrastrando mi equipaje. Cuando me marché del edificio, los vecinos mojados estaban ya desliados. Recogían el efectivo restante sin notar la montaña de muebles fracturados en los pies del inmueble. Esto me recordó a mi niñez. Mis amigos de infancia y yo nos pasábamos semanas recolectando enseres, cartones y maderas para realizar la mayor hoguera de San Juan de todo Llansá.

Como pude, puse mi bagaje en el maletero de mi Twingo verde manzana y noté, bajo mi automóvil, un billete de veinte euros. Lo dejé allí, lleno de barro. No quería ningún objeto que perteneciera a Madeleine y a mí (el «nosotros» había muerto). Ni siquiera dinero (y eso que uno era catalán).

Mientras me dirigía a casa de Angelina y Marc, una pareja de amigos, pensé en lo que me había dicho Esmeralda. «¿Año Plutón? ¿Año Plutón?», grité enfadado en el interior de mi coche, «será más bien... ¡Año putón!».

Y al entrar al apartamento de Marc y Angelina, di sin querer un portazo. El año P(l)utón había comenzado.

CAPÍTULO 2

DÍA DEL (PRIMER) MÓVIL

La infidelidad es un acto que planta en tu interior impotencia, rabia y dolor, pero esta germina en grado superlativo cuando a la infidelidad se le suma la doble traición, tu pareja acostándose con tu mejor amigo, y le da al espíritu un regusto a podrido que se repite con la siguiente relación.

Sentía el sabor a putrefacto, a pesar de todos los esfuerzos de Angelina y de su Marc por animarme. Caminando por el centro de Lille, mi aflicción se multiplicó. Unos amigos comunes me comentaron que Pierre-Yves se había mudado al piso de mi exnovia el mismo día en que yo me había ido. Madeleine me había llamado a mi móvil, seguramente para aclararlo todo, pero yo no le había respondido. Y lo intentaba, con insistencia, cada dos horas.

Mientras me dirigía a la Grand Place, en la calle Béthune, percibí a un *hippie*, que debía rondar la cuarentena, de aspecto mugriento, el mismo que sus dos canes. Estaba sentado, con una bolsa en el suelo, pidiendo «ayuda». Me acerqué a él y le dije en francés:

—Te doy mi móvil, que tiene unos cuarenta euros de saldo, con una condición.

El *hippie*, tan poco acostumbrado a ese tipo de *limosna*, me miró extrañado. El olor pestilente de los animales me cortó la inspiración y la frase, dando a mi propuesta un aura de misterio.

—¿Cuál? —me respondió, con amabilidad.

—Que cada vez que te llame alguien que no conozcas, digas: «No llames más, so puta».

El joven de los perros dio el beneplácito a mi proposición, sabiendo que con el saldo que le quedaba al teléfono podría llamar gratis a su familia y a amigos. Cuando me disponía a marcharme una persona llamó.

—¡No llames más, so putaaa! —le gritó al interlocutor, que resultó ser la asesora de mi banco, una verdadera sanguijuela.

Con las ganas que le puso, supe que iba a hacer muy bien el encargo. No tardé en comprarme otro móvil, en la calle Faidherbe, cerca de la estación Lille Flandres.

Regresé en metro a casa de Angelina y Marc, situada en Villeneuve-d'Ascq, en donde me alojaba desde hacía un día (yo me divertía traduciendo el nombre de dicha ciudad como «Villanueva de Asco» por la extremada belleza del paraje).

Un aspecto del barrio me llamaba la atención: enfrente de la morada de mis amigos, se podía ver un sitio, con apariencia de almacén, pero con una actividad bastante sospechosa. En realidad, no era una factoría, sino un restaurante y club privado de intercambio de parejas.

El vecindario estaba inquieto por la presencia de ese *club privé*, en donde los automóviles entraban y salían como si fueran las autopistas madrileñas, la M-30 o la M-40 (aunque con motivación diferente); en el fondo, la curiosidad y la envidia le llevaba a espiar a los clientes, a través de las cortinas de las ventanas, imaginando que estaban en el interior.

No era tarde, sobre las tres, cuando un altercado ocurrió delante del PK2, que, con ese sugerente nombre, habían designado el lugar. Un cincuentón le gritaba a su mujer (que más que sirena era ballena) por haber tenido relaciones

sexuales con un joven de muy buen ver y su contrato (verbal) era claro: relación liberal con cualquiera a excepción de jóvenes. El veinteañero en cuestión, quien se encontraba también en el exterior, viendo la injusticia de los gritos, salió de su automóvil y vituperó al cincuentón. Entonces los bramidos aumentaron. Fue en ese instante cuando Angelina y yo nos asomamos a la ventana. Y todo el vecindario que no estaba trabajando.

Mi amiga, una mujer muy moderna y abierta, era la única vecina a la que no le importaba que el local estuviera allí y, viendo que el conflicto se situaba en los puntos muertos de las cámaras exteriores del PK2, me dijo que buscara por internet el teléfono del *club privé* para avisarlos (la policía podría llegar en cualquier momento, alertada por los vecinos). Como no era un teléfono fijo, le pasé mi nuevo número a mi amiga (las tarifas de fijo a móvil estaban por las nubes, los muy ladrones de Télécom).

—¡PK2, buenas tardes! ¿Qué desea? ¿Fórmula intercambio parcial, fórmula intercambio total o fórmula onanista?

—Buenas tardes —lo saludó—. No estoy interesada en las fórmulas. —Tapó el auricular y me dijo riendo «de momento»—. Soy la vecina de enfrente y le llamo porque delante de su local hay una pelea que se está poniendo fea, muy fea.

Juan Manuel, que se llamaba así por ser hijo de migrantes republicanos españoles, salió de inmediato. Observó al cincuentón que intentaba atropellar al veinteañero, lo que daba un carácter de corrida hispánica con los gritos de las mujeres al fondo. Por fortuna, la presencia de Juan Manuel hizo salir pitando al alocado cincuentón (tenía mucha pluma).

Esa huida dejaría a su esposa-ballena con el joven y su respectiva novia. El trío se alargaría toda la jornada y eso le daría un bienestar inusitado a la mujer cetácea.

Angelina había salido fuera de su morada para explicarle

todo al propietario y este, viendo a su gentil vecina (la única), se acercó a ella.

—Siento haberle molestado —se excusó mi amiga.

—No, no —negó Juan Manuel—, le tengo que agradecer su llamada telefónica. De no haberme presentado aquí, no sé qué hubiera pasado. Es la primera vez que pasa esto en tres años.

—Yo lo he hecho para evitar que los vecinos llamaran al ayuntamiento y viniera la policía.

—¡Ahhh! —exclamó el propietario del PK2—. Si es por eso no se preocupe. Los del ayuntamiento no van a hacer nada. ¡La mayoría son clientes!

Entretanto, aprovechando que el ordenador estaba operativo, me puse a revisar mis correos electrónicos y recibí un correo de Lucía, una de mis mejores amigas, que, a pesar de ser caraqueña, vivía en París. A finales de agosto se mudaba a Hollywood, no para trabajar en la industria del cine, sino en la de educación (que era también allí otra industria, pero con menos *glamour*).

Mi amiga me explicaba que en el centro escolar donde iba a enseñar, el otro profesor de español había abandonado su puesto. Y, como estaban buscando a un sustituto, había pensado en mí. No dudé un instante: envié mi currículum a Florence Bucourt, la directora del Lycée International de Los Ángeles, campus Los Feliz-Hollywood.

Florence Bucourt, y esto lo sabría después, me llamó al teléfono de mi *curriculum vitae*.

—¡No llames más, so putaaa! —le gritó el *hippie*.

Me había olvidado de cambiar el número del móvil.